

CENTENARIO NACIMIENTO
CARDENAL **TARANCÓN**
1907-2007

WWW.CARDENALTARANCÓN.ORG

En noviembre de 1975, Vicente Enrique y Tarancón, presidente entonces de los obispos, le pidió a don Juan Carlos en la misa de su coronación que fuera el rey de todos los españoles, sin privilegios ni distinciones, con mutuo respeto. Y añadió: «Con amor a quienes piensen de manera distinta a la nuestra». Tuve la impresión entonces de que el Espíritu Santo le estaba haciendo al Rey un programa de reinado y era fácil deducir que el guión de aquella ceremonia hubiera sido convenido antes, como si de una ceremonia ensayada se tratara, para que Dios no cogiera por sorpresa al Rey y nos echara de paso una mano en la transición. Pero también pidió Dios al Rey por medio del cardenal que la mutua autonomía y libertad de la Iglesia y del Estado se respetaran, después de asegurarle el mismo Espíritu Santo, por boca de Tarancón, que la Iglesia no pedía ningún tipo de privilegio.

Y me pregunto ahora: ¿Estaría hoy el Espíritu Santo dispuesto a decir lo mismo que dijo aquel día Tarancón, que la Iglesia no patrocina ninguna forma ni ideología política, y que si alguien utiliza su nombre para cubrir sus banderías, está usurpándolo manifiestamente? Y otra pregunta me hago, viendo el comportamiento de la derecha en nuestros días: ¿Cuando Tarancón pidió al Rey en aquella misma plática que reinara la verdad en España, que «la mentira no invada nunca nuestras instituciones», lo invadía a él el don profético del Espíritu Santo y ya pensaba con preocupación en estas horas? Me viene ahora a la memoria la homilía de Tarancón en los Jerónimos porque hoy se cumplen cien años de su nacimiento en Burriana, Castellón. Y hasta allí fue hace unas semanas Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid, a honrarlo con una misa con su homilía correspondiente. Pero Tarancón es, además de un hijo eximio de la Iglesia que bien merece una misa, un símbolo inequívoco de la transición española de la dictadura a la democracia y como tal puede y debe ser reconocido por todos, católicos o no. Su centenario constituye en consecuencia una buena ocasión para acercarse a sus prudentes posiciones en busca de la esperanza de una convivencia en paz. Pero no sé si las diferencias entre la Iglesia de la transición y la actual ayudan a eso.

Se le reconoció a Tarancón el mérito de haber cambiado el rostro a una Iglesia que se había puesto del lado de los sublevados en la Guerra Civil, colaborado en sus crímenes y prestado apoyo y honor al dictador, porque no en vano él marcó distancias con ese oprobio y estableció un diálogo eficaz para la reconciliación de los españoles. Tarancón era campechano y culto -fue el último académico con sotana- y ni los libros ni la mitra lo hicieron abandonar al socarrón de la huerta que lo habitaba. Y hasta tal punto carecía de afectación clerical y modos ambiguos que sus ademanes mundanos de fumador empedernido le hacían a uno olvidar su pectoral y hasta su sotana. No tenía el perfil del destinado a ser beatificado, y menos por la Iglesia de ahora, pero de haber llegado a los altares su iconografía no hubiera podido verse desprovista del pitillo. Tal vez por esto me llamó la atención que el actual arzobispo de Madrid recordara a los fieles de Burriana que Tarancón nunca dejó de llevar sotana, excepto en algún viaje a América. Y, en efecto, jamás se dejó ver en sucedáneos del traje talar ni vestido por Cortefiel. No es el caso de Rouco, que abandona la sotana a veces: lo hemos visto manifestándose bajo un sol de justicia, con ropa ligera y cambiando el solideo por una gorrita de visera. Quizá por eso no supe que quiso decir al recordar esta fidelidad de Tarancón a la sotana. Ignoro si lo destacaba como una prueba de virtud, como una resistencia del prelado progresista a los cambios, para que vieran que no era tan moderno, o como una llamada a los curas a ensotnarse de nuevo para seguir el ejemplo de Tarancón.

Pero Rouco debe temer que el centenario sea utilizado para contraponer la figura dialogante de Tarancón a la de los obispos más reaccionarios y provocadores que, radicalizados ahora, vienen destruyendo el patrimonio de concordia en el que Tarancón se empeñara. Así que, después de subrayar en su homilía de Burriana que la Iglesia que rigió Tarancón había apostado por un futuro en democracia, añadida una nueva invocación a la multitud de beatos mártires, enfatizó que aquella apuesta de la Iglesia se produjo «pese a padecer el martirio durante la II República y la Guerra Civil». Ese «pese» de Rouco, es decir, a pesar de todo, podría indicar que pudo haber otra manera más evangélica de actuar. O sea: que el martirio que le tocó vivir a la Iglesia, como otros martirios que padecieron otros, podía haberle evitado a la Iglesia de Tarancón ese apoyo a la reconciliación y la democracia. Tarancón sabía muy bien que no vivía tiempos de martirologio, pero Rouco está convencido de que hemos vuelto a esos tiempos. Ahora bien, si el sentido de la concordia que Rouco promueve da la impresión a veces de ser diferente del que enseña el propio Jesús en el que se apoya, más raro parece que tenga al cardenal del cambio por uno de sus «maestros en la fe», como dijo. Y no por desconfianza en la fe de Tarancón o en la de Rouco, que respeto, sino porque en la distancia del profano, católicamente educado, podría decirse que parecen algo distintas.

Tarancón fue un hombre de su tiempo y así lo proclamó Rouco en su sermón: «un obispo del siglo XX para el siglo XX». Pero no sé si expresaba la convicción de que otra cosa es ser obispo en el siglo XXI para el siglo XXI, lo cual, viendo cómo actúan ahora algunos prelados, nos llevaría a considerar que el cardenal de la concordia puede que sea a estas alturas sólo una pura y estimable eventualidad histórica sin continuidad. No otra cosa prueba que un otrora taranconiano como Fernando Sebastián, arzobispo de Pamplona, haya reclamado reconocimiento para la fidelidad a la Iglesia de los mismos que gritaban «Tarancón al paredón». Abunda entre algunos obispos una cierta nostalgia del palio vacío bajo el que en el pasado dieran cobijo al dictador. Rouco es uno de ellos, y en su línea de ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo, destacando en Burriana la generosidad de la Iglesia de Tarancón, que la recibió Tarancón de los demás, tal vez reclamaba una petición de perdón del bando vencido para su Iglesia martirizada. Al hacer esto, con un estilo que nunca hubiera sido el del cardenal del diálogo, dejó en evidencia que la actuación tan acertada de aquella Iglesia y de quien la rigió, más cristianamente por supuesto que la Iglesia de Rouco y Cañizares, quedó incompleta. Si la Iglesia de los mártires hubiera pedido perdón por los desmanes de la Iglesia de los verdugos la obra de Tarancón se habría culminado. Ahora sospechamos que Tarancón no fue todo lo valiente y justo que debería haber sido. O no lo dejaron.

